

Correspondencia Moral

Lyra.—Ud. se ha creído que Merlin sabe un punto más que el diablo. Así sea. El consejo de su Director es el mejor: Esa clase de pensamientos hay que rechazarlos con el desprecio y la despreocupación. ¿Qué más quisiera el diablo sino que Ud. se preocupara y le diera importancia? Santa Teresa decía con su gracia habitual hablando de esa clase de tentaciones que había que rechazarlas haciendo una *higa* al diablo. Es decir una de esas morisquetas de desprecio que usan los niños. Un acto de amor de Dios o una jaculatoria cuando vengan y dejarlos en paz.

L.—Tengo noticia de esos Ejercicios Espirituales a las empleadas domésticas. Lo que ignoraba absolutamente es que el domingo hubiera habido un bajón en la excelente asistencia de otros días. Y ello, según Ud. por culpa de las señoras... algunas de ellas; muy católicas! Si eso es cierto, permítame el siguiente desahogo: que esas señoras están ciegas; como están ciegas esas otras de que me hablan que miran con recelo el intento de sindicación católica de las sirvientas. No tendrán más remedio que dar por fuerza un día lo que hoy no conceden de grado. Y tolerar la sindicación socialista o comunista de esas mismas muchachas, que no se contentarán con exigir un salario justo, sino un salario exorbitante y unas horas de trabajo de que hoy no hay noticia en Caracas.

Pero me sospecho que no hemos de aprender hasta padecer un palo serio; un práctico ensayo de comunismo o socialismo. Y para ciertas cosas entonces será ya tarde.

A.—Enhorabuena. Duplique Ud. el número y habrá alcanzado a las

dos propagandistas caraqueñas que han pasado de las 100 suscripciones logradas para SIC. Aquí estamos reconocidísimos a estos propagandistas. Y Ud. diga en qué le podemos servir para corresponder a tan abnegada consagración a nuestra querida revista. Ya sabe Ud. que los números de Enero y Febrero están agotados y que quedan escasos ejemplares del de Marzo. Pero diga Ud. a sus suscriptores que se reeditarán. Pero esa reedición no puede hacerse inmediatamente. Tenemos que contar con un número considerable de nuevos suscriptores y conocerlos concretamente. De lo contrario nos expondríamos a realizar una nueva reedición incompleta o excesiva y ya sabe que nuestras páginas nos cuestan caras.

—Esa práctica —demasiado extendida en la Semana Santa caraqueña— no la puedo aprobar; pero permítonme que no sea muy explícito. Llegará la hora de hablar más claro. Dios podrá o no atender a esas pobres gentes, que lo miden con la pequeñez de su ingenio meneguado. Tal vez en casos concretos bendice su piedad ignorante. Pero independientemente de esa práctica, que sencillamente me parece reprochable. ¿Me perdonará que no sea más explícito?

V. II.—¿Que le consoló mucho mi respuesta de Abril? Me felicito. Sobre ese punto le pudiera decir algo más fundamental aún; y es que las campañas que se hacen tan ostentadamente contra el mal comportamiento de las personas consagradas a Dios son una apología de la Iglesia. Es un reconocimiento explícito, aunque involuntario, de la santidad de la Iglesia. ¿Se extra-

ñan de que tales personas cometan faltas de moralidad? Luego las faltas de moralidad son raras, extrañas e incomprensibles en la Iglesia. Luego la Iglesia es santa. Exigen en toda persona que represente alguna función en las cosas religiosas una santidad; una integridad, una pureza de que ellos no son capaces. Desórdenes y hábitos licenciosos de que ellos no se avergüenzan los indignan y revelan cuando las ven en aquellas personas. Más; debilidades vulgares a que están sujetos todos los hombres los escandalizan en los cristianos y sobre todo en los sacerdotes; y apenas toleran que los hombres del santuario se presenten ante su severidad implacable con algunos signos propios de nuestra humanidad; prueba evidente de que para ellos, lo mismo que para todos, sacerdote quiere decir santo, y religión quiere decir santidad.

P. L.—¿De qué se extraña Ud., amigo? Y ¿cuántos son ya los que en un arrebatado de locura o cobardía se van arrojando puente Guánabano abajo? No basta con lamentarse líricamente del hecho. Vayamos a buscar la raíz de esas locuras. Falta de fe, malas lecturas y sobre todo pésimos cines. Cines que no hallan público en París y que nos consta se han guardado más de una vez en los sótanos de contrabando para ser exportados a Suramérica. Ciertísimo! Para evitar esos suicidios no basta echar a volar el puente Guánabano. Es menester quemar o prohibir una serie de inmundas películas... Siempre caemos en lo mismo. No vamos a la raíz de los males. Y las consecuencias son lógicas. Son inevitables, puestas las premisas.